

XII Congreso Español de Sociología

Grupo: GT12 Sociología del Género

IGUALES EN LA PROVISIÓN: ¿CAMBIOS EN LAS NARRATIVAS DEL CUIDADO¹?

Ana Irene del Valle: anairene.delvalle@ehu.eus

Elisa Usategui: elisa.usategui@ehu.eus

Amaia Izaola: (Persona de contacto) amaia.izaola@ehu.eus

Patricia Campelo: patricia.campelo@ehu.eus

Marian Ispizua: marian.ispizua@ehu.eus

Imanol Zubero: imanol.zunero@ehu.eus

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea. Departamento de sociología y trabajo social

RESUMEN

Los indicadores objetivos sobre el tiempo invertido por hombres y mujeres en el trabajo doméstico y familiar sugieren una ligera disminución de la denominada brecha de cuidado en los últimos veinte años. Los cambios en la mentalidad de los varones con respecto a su responsabilidad en el cuidado y el notable aumento de la participación femenina en el mercado laboral, han contribuido a ello. No obstante, la desigualdad sigue ocupando un espacio importante en la gestión y organización de la vida familiar. El aumento de la doble provisión en las parejas parece no garantizar siempre una mayor equidad en las tareas de cuidado. Por medio de entrevistas realizadas a parejas heterosexuales con hijos/as, en las que la brecha de provisión se acorta o invierte y no se externaliza el cuidado, se ha indagado en la percepción y justificación de su reparto. La homogamia de las parejas con relación a los ingresos constituye el marco desde el que se examinan los discursos de las parejas de cara a identificar los elementos que contribuyen a la construcción de estrategias más o menos igualitarias. Cómo estas parejas gestionan y organizan el cuidado desde una posición más simétrica en la provisión es el interrogante al que se trata de hallar respuesta. Dinámicas y discursos se examinan para comprobar en qué medida en este escenario las parejas presentan formas más “desgenerizadas” de concebir y gestionar el cuidado o, por el contrario, reproducen las desigualdades.

¹ Este artículo está en prensa para su publicación, siendo uno de los capítulos correspondiente al libro sobre el proyecto de investigación “*Brecha salarial y brecha de cuidados: dos factores de desigualdad de género*”, editorial: Tirant Lo Blanch. Proyecto financiado por: Directora del Instituto de la Mujer y para la Igualdad de Oportunidades con la cofinanciación del Mecanismo Financiero del Espacio Económico Europeo (Ref. 128-CNBR025)

PALABRAS CLAVES: homogamia, parejas y familia; brecha de cuidado; brecha salarial

INTRODUCCIÓN

En España, como en todos los países del entorno europeo, el incremento de la participación laboral femenina desde 1980 ha desembocado en la extensión de la pauta de doble ingreso en las parejas (CES, 2012; Joan García Román, 2012). En un contexto de importantes cambios normativos, de progresivo empoderamiento femenino, de individualización de los proyectos vitales, de avances en materia de igualdad y políticas de género, y de creciente incertidumbre y precariedad de los mercados laborales, la doble provisión se ha venido perfilando como una estrategia ideal y necesaria en el proyecto de pareja.

En las últimas décadas, son más las mujeres y madres que invierten su tiempo en el trabajo remunerado y hombres y padres que participan del tiempo de cuidado. Pero, al igual que en otras sociedades, los datos evidencian que los hombres siguen dedicando menos tiempo al trabajo doméstico y familiar, y que las desigualdades ante el empleo persisten para ellas. Los tiempos productivos y reproductivos no son intercambiables. Ellas son quienes presentan una mayor carga global de trabajo (Cristina Carrasco y Marius Domínguez, 2015; Cristina Garcia Sainz, 2006; Matxalen Legarreta, 2012; Sara Moreno, 2009). Una carga que lastra los proyectos y las trayectorias laborales y profesionales de las mujeres, y condiciona su participación en el mercado laboral, además de sus oportunidades, promoción y salarios.

La persistencia de brechas de género en el cuidado y en los salarios constituye una prueba de la inercia del orden de género heredado del modelo segregado y fuertemente generizado de provisión y cuidado de la sociedad industrial, que sigue operando e interactuando en la organización global del trabajo. Además de una división sexual del trabajo, ese orden confronta lógicas disimétricas y excluyentes. De un lado, la lógica del mercado que se rige por la competencia, el logro, el reconocimiento y la remuneración. De otro, una lógica del cuidado basada en la naturalización, el no reconocimiento, la donación y el servicio. Conforme a ellas se han jerarquizado identidades, tiempos, espacios y tareas, y alimentado esquemas culturales, normativos y afectivos de realización y dedicación que sitúan a hombres y mujeres en posiciones diferentes y desiguales en la negociación de sus dedicaciones laborales y familiares (Bárbara J. Risman, 2004, 2009; Mary Blair-Loy, 2001).

Por ello, para comprender las desigualdades de género en el mercado laboral es necesario atender a las relaciones en el ámbito reproductivo e indagar en las responsabilidades y estrategias de cuidado y, en general, del uso del tiempo no productivo de las parejas. Las decisiones que se toman en la pareja sobre la distribución del trabajo doméstico y familiar, así como de sus tiempos propios, van asociadas a sus decisiones laborales. En el marco de interacción de la pareja, hombres y mujeres se definen y sitúan preferencialmente en posiciones y roles que favorecen o dificultan su inserción y participación en igualdad laboral. Pero, igualmente, las decisiones y preferencias de cuidado se ven mediatizadas por la disponibilidad de tiempo y la contribución económica de los miembros de la pareja, condiciones que derivan de una organización generizada del mercado de trabajo y del sistema productivo.

La relación entre la brecha de cuidado y la brecha salarial en el seno de la pareja se ha teorizado y analizado en ambos sentidos desde la perspectiva sociológica. Uno de los objetivos ha sido analizar la incidencia de los cambios en tiempo y dinero en la participación de mujeres y hombres en el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. En esa línea se sitúa el trabajo que presentamos en estas páginas. En él se ha optado por una aproximación cualitativa. El foco se ha puesto en el análisis de las decisiones y arreglos de la pareja, y en los procesos de legitimación y resistencia con relación a la producción de la brecha de cuidado, en un escenario que minimiza el impacto del déficit de la brecha salarial en el lado de las mujeres.

Al centrar la atención en parejas de doble ingreso que fuerzan estructuralmente la transgresión de la norma de género tradicional, hemos buscado inestabilidades y rupturas en la brecha de cuidado y formas emergentes de plantear las decisiones sobre el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos entre hombres y mujeres. El objetivo ha sido comprobar en qué medida el acortamiento de la brecha salarial en la pareja favorece una desgnerización de las decisiones y pautas de organización de la vida familiar. En la medida en que eso no sea así, y veamos que se reproducen los modelos y esquemas tradicionales que alimentan la brecha de cuidado, habremos hallado evidencia de la persistencia y constancia simbólica y cultural de las desigualdades de género.

ESCENARIO DE PRÁCTICAS Y DISCURSOS: MERCADO DE TRABAJO Y USOS DEL TIEMPO

Las estrategias y decisiones que guían las prácticas y los discursos de las parejas en torno al trabajo doméstico y de cuidados en el hogar se sitúan en un escenario privado

condicionado, en su dimensión estructural, por tres factores fundamentales: el Estado, el mercado de trabajo y la propia institución familiar.

Desde el punto de vista del mercado de trabajo, el elemento más destacado del contexto español en los últimos años es el de la precariedad laboral (Cecilia Castaño, 2015; UGT, 2015; Foessa, 2014; Fundación Primero de Mayo, 2014; CES, 2014 y 2011), acelerándose desde el estallido de la crisis en 2008 y constituyendo la norma social actual de empleo (Imanol Zubero, 2006). Partiendo de esta premisa y en relación a una de las manifestaciones de esta precariedad laboral, como es el incremento de diferentes formas de desigualdad social, los indicadores objetivos nos muestran que la denominada *brecha salarial* de género (diferencia entre los salarios de los hombres y los de las mujeres) sigue siendo un elemento caracterizador del mercado español de trabajo (Diego Dueñas, Carlos Iglesias y Raquel Llorente, 2015). Distintas fuentes estadísticas presentan resultados que apuntan hacia un mantenimiento, cuando no a un incremento de este tipo de desigualdad. Así, en el año 2013 la ganancia media anual femenina supuso el 76% de la masculina (Encuesta Anual de Estructura Salarial, INE). Asimismo y por lo que respecta a la distribución salarial, la desigualdad entre sexos es significativa: el 18,6% de las mujeres tuvo en 2013 ingresos salariales menores o iguales al Salario Mínimo Interprofesional (SMI), frente al 8,3% de los hombres. En este sentido y según datos para el año 2014 proporcionados por el Ministerio de Hacienda y Administraciones Públicas, teniendo en cuenta los sueldos más elevados, el 10,2% de los hombres presentaron unos salarios cinco veces superiores al SMI, frente al 4,7% de las mujeres. Además, el 64,4% de los trabajadores con ganancia baja (*low pay rate*²) son mujeres³. Finalmente y utilizando la información facilitada por el INE, apuntar que por primera vez en 2014 la distancia entre lo que ganan los hombres y las mujeres superó los 500€, debido a que las ganancias de las mujeres bajaron mientras que las de los hombres aumentaron.

Por otro lado, los indicadores objetivos sobre el tiempo invertido por hombres y mujeres en el trabajo doméstico y familiar sugieren una ligera disminución de la conocida como *brecha de cuidados*⁴ (así denominada en el capítulo primero) en los últimos veinte años.

² Proporción de asalariados/as cuya ganancia hora está por debajo de los 2/3 de la ganancia mediana.

³ Siendo el diagnóstico sobre las diferencias salariales entre y mujeres muy claros sobre la existencia de la brecha salarial, hemos de apuntar que estos datos se matizan cuando introducimos en el análisis variables de edad, sector económico, tipo de jornada, etc., tal y como se recoge en el Capítulo 3 del presente libro.

⁴ Sobre el propio concepto de brecha de cuidados y su medición, y reconociendo el valor de las Encuestas de Uso del Tiempo, compartimos el criterio señalado en el capítulo primero de que la noción de cuidado a

Los cambios en la mentalidad de los varones con respecto a su responsabilidad en el cuidado y el notable aumento de la participación femenina en el mercado laboral, han contribuido a ello. Aunque no son pocas las investigaciones que evidencian y denuncian la resistencia de los varones españoles para asumir como propias las tareas domésticas (Carolina Victoria Ripoll, 2012: 158), también en otros casos se detecta una cierta evolución hacia un modelo más igualitario de reparto de esas tareas (Gerardo Meil Landwerlin, 2004) o al menos no tan desequilibrado (Pablo Gracia y Joan García Román, 2015).

La realidad todavía dista de ser igualitaria desde el punto de vista del género. Los datos de la Encuesta de Empleo del Tiempo 2009-2010 reflejan que las mujeres dedican menos tiempo que los hombres a todas las categorías de actividades, con la única excepción de aquellas que tienen que ver con el cuidado del hogar y de la familia. En efecto, a pesar de que los patrones en el empleo del tiempo de mujeres y hombres parecen estar acercándose, existen diferencias significativas, que se concentran sobre todo en el empleo del tiempo dedicado al cuidado del hogar y de la familia. Así, el porcentaje de mujeres que emplea tiempo en el cuidado del hogar y de la familia es del 91,9% y destina una media de 4 horas y 29 minutos diarios, mientras que el 74,7% de los hombres destinaba 2 horas y 32 minutos. Estos resultados se complementan con aquellos aportados por la Encuesta Nacional de Salud 2011-2012, según la cual el 64,59% de las mujeres afirma que comparte el cuidado de los y las menores con otra persona, frente al 96,37% de los hombres. Además, el 33% de las mujeres dice asumir el cuidado de los y las menores en solitario, siendo dicho porcentaje del 2,19% en el caso de los varones encuestados. Por otra parte, el 49,36% de las mujeres que convive con alguna persona con limitaciones o discapacidad para cuidarse por sí misma indica que se ocupa en solitario de su cuidado, siendo dicho porcentaje del 16,62% en el caso de los hombres⁵.

personas y tareas domésticas que se maneja en estas encuestas suele ser bastante limitado, debido a que no queda reflejada la gestión de las emociones y las tareas afectivas de las personas del hogar. Además, existen tareas que se realizan de manera simultánea con otras (por ejemplo, vigilancia, tiempos de descanso y sueño) y por lo tanto necesitan de otra definición del tiempo, que no sea lineal ni secuencial (Gisela Marisa Bianchi y Yolanda González-Rábago, 2015; Valerie Bryson, 2008).

⁵ Entre las reflexiones a la brecha de cuidados en nuestro país destaca las aportaciones de Cristina Carrasco, quien en uno de sus recientes trabajos replantea las nociones de “*deuda patriarcal o deuda social con las mujeres*” y reconoce la necesidad de situar la actividad de cuidados en el centro mismo de la vida humana (Cristina Carrasco, Carme Díaz, Inés Marco, Rosa Ortiz y Marina Sánchez, 2014).

En tercer lugar, la también definida en el capítulo primero como *brecha de tiempo propio* y que se refiere a la diferencia de horas diarias de tiempo libre entre hombres y mujeres. La Encuesta de Empleo del Tiempo 2009-2010 revela que la dimensión del ocio y el tiempo libre es fundamental para estudiar las actuales diferencias de género: el porcentaje de mujeres que destina tiempo a las aficiones y la informática es del 23,9%, con una duración media diaria de 1 hora y 38 minutos, y el porcentaje de hombres es del 35,6%, con un tiempo medio diario de 2 horas 5 min.

MARCO TEÓRICO

Las biografías de hombres y mujeres, particularmente las de estas, no se ven tan marcadas por normas y códigos sociales que definan lo que una ha de ser. También las relaciones de pareja dependen más de la negociación y del ajuste de los proyectos y aspiraciones personales y se guían por normas más igualitarias. La organización y distribución del cuidado y del trabajo doméstico es uno de los aspectos a gestionar una vez que comienza la vida en común. Quién hace qué y cómo, es algo que no está del todo predeterminado, y ha de negociarse y resolverse en la pareja. Ahora bien, el trabajo doméstico y, especialmente, el cuidado, forman parte del entramado simbólico y afectivo sobre el que se han construido la subjetividad y la dominación sobre las mujeres (Ann Oakley, 1990; Betty Friedman, 2009; Kaye Millet, 1995). Por ello, se hace necesario considerar que las decisiones y estrategias de cuidado no son neutras, como tampoco lo son las tareas y servicios que conllevan. Arrastran significados de género que moldean las creencias y expectativas en juego en la construcción de las actitudes y preferencias individuales y en la interacción de la pareja. Y se ven condicionadas por el modo en que esos significados se proyectan en los esquemas culturales, las prácticas, regulaciones y organización de los recursos en las sociedades que limitan o refuerzan las posibilidades de acción de los individuos.

Bárbara J. Risman (2004: 434) defiende la idea del género como una categoría que está presente en múltiples niveles. Ello da la posibilidad de investigar las diversas dimensiones e instancias en las que se produce la desigualdad de género. En línea con lo señalado por esta autora creemos que, en una sociedad en la que adquiere protagonismo la acción individual, se hace más relevante identificar dónde pueden darse cambios y en qué niveles las acciones y decisiones de hombres y mujeres, en cada contexto social e histórico, pueden tener capacidad de resistirse a la reproducción de las rutinas.

La investigación empírica ofrece diversas muestras de la capacidad de reproducción y expresión del género en nuevas formas de desigualdad. Cognitiva, emocional y normativamente está presente y modela aun las identidades y la interacción social. Y podemos subrayar que, a diferencia de otros ejes de dominación, “muchas de las desigualdades que padecen las mujeres ocurren en sus relaciones cotidianas, en sus propias casas” (Francine Deutsch, 2007:121). Diferentes investigaciones han revelado esa “inercia resistente” en el modo en que el género se despliega y se reproduce como categoría diferenciadora y jerarquizadora de las relaciones entre hombres y mujeres a pesar de los cambios ideológicos, el empleo de la mujer o, incluso, su ventaja en recursos económicos. Estudios como los de Arlie R. Hochschild (1989) o Richenda Gambles, Suzan Lewis y Rhona Rapoport (2006) revelan la consistencia en el mantenimiento de la doble jornada para las mujeres, incluso entre quienes expresan una ideología igualitaria. Otras investigaciones han mostrado que la responsabilidad de las mujeres en el trabajo doméstico opera también simbólicamente como un modo de “hacer género” (Julie Brines, 1994; Michael Bittman et al., 2003). Estudios recientes en parejas de doble ingreso en España (Sandra Dema, 2003; Marta Domínguez-Folgueras, 2012; Raquel Royo Prieto, 2011; Almudena Sevilla-Sanz, Jose Ignacio Giménez-Nadal y Cristina Fernández, 2010) también revelan los mecanismos de género que operan y reproducen los roles de género y las relaciones jerárquicas en las parejas con relación al cuidado y a la gestión económica. Ahora bien, si el género es construido en las relaciones cotidianas, también puede ser desmantelado y deconstruido a través de ellas. Se han hallado dinámicas más igualitarias y modos de cambiar o resistir esas inercias y deconstruir estereotipos y diferencias en la organización del empleo y el cuidado de las parejas de doble ingreso (Rosalind C. Barnett y Caryl Rivers, 1998; Francine Deutsch, 1999; Rosanna Hertz, 1986). Francine Deutsch (1999) muestra como las parejas “hacen” la igualdad variando el grado de generización de sus conductas. En el caso del trabajo doméstico y del cuidado, algunas parejas logran construir modelos desgenerizados, al intercambiar tareas, distribuir tiempos, rotar turnos. Otras, en cambio, alcanzan también una distribución equitativa pero mantienen una especialización en tareas típicamente asociadas a cada género; es decir, las diferencias de género se mantienen en el nivel individual sin que ello conlleve la reproducción de las relaciones jerarquizadas y la diferencia de poder en la pareja. A tenor de los datos, el género es una estructura obstinada pero también en proceso de cambio y transformación (Marc Ajenjo y Joan García Román, 2014).

DISEÑO METODOLÓGICO

Con un enfoque metodológico que prioriza el punto de vista y los significados de las acciones e interacciones en la pareja, se ha recurrido a la entrevista en profundidad para captar las prácticas y discursos sobre las decisiones en torno al cuidado de 12 casos, seis en Bilbao y seis en Valencia, de parejas heterosexuales, seleccionadas conforme a los siguientes criterios: a) Edades de ambos entre 30 y 45 años; b) Diferencia salarial, conforme a dos categorías: paridad o diferencia salarial del $\pm 10\%$, lo que se considera una situación de homogamia salarial y, diferencia salarial del 25% a favor de la mujer (hipogamia salarial), seleccionándose 3 casos de cada categoría en cada una de las ciudades; c) No existencia de externalización de cuidados; d) Relativa equivalencia en las dedicaciones horarias al trabajo remunerado, a fin de poder comparar dedicaciones de cuidado desde una cierta simetría en la disponibilidad de tiempo no invertido en el mercado laboral. Este último criterio, siendo deseable, no se cumple en algunos casos en los que las diferencias en la inversión de tiempo de trabajo remunerado se dan a favor del varón (menos tiempo de trabajo remunerado), lo que, en cierta medida, supone una ventaja, ya que permite contrastar situaciones entre los casos⁶.

El planteamiento de las entrevistas se realizó desde una perspectiva longitudinal, ya que se tuvieron en cuenta las diferentes fases o etapas de la vida de la pareja, en diferentes momentos: formación de la pareja, estabilización de la misma, llegada de hijas o hijos, en su caso cuidado de personas mayores y en cada una de ellas se analiza, la posición en el mundo laboral de cada miembro de la pareja, así como la forma en la que se realiza la distribución de las distintas tareas de cuidados.

Así, en cuanto a las actividades principales, se han tenido en cuenta las siguientes: a) Empleo y formación; b) Trabajo doméstico: comida, limpieza, cuidado de la ropa (planchar, lavar, arreglos), compras domésticas, gestión del hogar; c) Cuidado a personas del hogar: cuidado a los niños, cuidados a adultos, cuidados a la pareja, juegos e instrucción a los niños, y d) Vida social y ocio: redes y actividades de amistad, participación social, prácticas deportivas, asistencia a espectáculos.

⁶ La realización de las entrevistas y su transcripción se realizó entre los meses de abril y julio de 2015, previo diseño del guión de dichas entrevistas así como de la muestra estratégica de los casos. En el anexo 1 se adjunta una figura que representa la estructura mantenida para la realización de la entrevista a las parejas. Y en el anexo 2 una tabla con los perfiles de las parejas entrevistadas, cuyos nombres lógicamente han sido ocultados.

En cuanto a las fases de la trayectoria de la pareja a las que ya nos hemos referido, hemos tenido en cuenta, en cada una de ellas, los siguientes aspectos: a) Actividad, b) Quién la desempeña habitualmente; c) Causas y modo en que se ha decidido la responsabilidad de esta tarea; d) Momento del día o la semana en que se realiza.

En general, podemos decir que las parejas analizadas presentan diversidad de posiciones en el mercado, pero hay que destacar que se detecta una mayor claridad en los proyectos profesionales y familiares de las mujeres, lo que igualmente podría explicar, junto a la persistencia de los esquemas de género, su liderazgo en la pareja. Los hombres acusan una mayor incertidumbre en sus itinerarios vitales, lo que afecta tanto a sus proyectos familiar como profesional y una erosión de su rol proveedor, más claro en las mujeres y esto se ve, sobre todo, en aquellos casos en los que concurren bajos niveles de formación y en los que la posición laboral de los varones es más baja.

ANÁLISIS DE DISCURSOS

Discursos sobre el trabajo doméstico

En la sociedad individualizada, la relación de pareja se enfrenta a continuas preguntas sobre la forma de “vincular” los intereses, aspiraciones, tiempos y proyectos personales, de hacerlos conciliables y viables en el proyecto común (Ulrick Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim, 2001). Construir la vida en común es un objetivo menos definido, más sobrevenido, que se ve expuesto a un proceso de negociación y de ajuste continuo. Si atendemos a los valores, actitudes y comportamientos de las parejas en España, se constata que las generaciones más jóvenes participan de ese cambio normativo. Piensan que el trabajo doméstico y de cuidado ha de ser asumido en igualdad por ambos miembros de la pareja, al igual que la provisión (Marta Dominguez Folgueras, 2010, 2011). Otra cosa es en qué se concreta.

Los casos estudiados pertenecen a un segmento de edad (30-45 años) que ha asimilado ese cambio cultural⁷. Y ello se advierte en sus discursos. Acorde con ese cambio ideológico se constatan unas prácticas y arreglos más simétricos con relación al cuidado de los hijos y el trabajo doméstico (alimentación, limpiezas, orden, gestión y administración, consumo, reparaciones y mantenimiento...), en los que se advierte una

⁷ En el momento histórico en el que vivimos “habitamos una estructura de género que tiene la influencia de la reflexión realizada por activistas e intelectuales feministas” (Bárbara Risman, 2009: 83). La igualdad de género constituye un valor social y político poco cuestionado en el plano ideológico y forma parte de un discurso normalizado, aun cuando su concreción en los comportamientos se vea limitada.

mayor implicación de los varones. Cabe decir, en línea con lo observado en la evolución de los usos del tiempo general, que la brecha se acorta y la “guerra doméstica” se amortigua. Es difícil hallar entre ellas y ellos un discurso que justifique abiertamente una visión tradicional de la distribución del trabajo doméstico o del cuidado. Y cuando se relata una pauta más tradicional y desigual en las responsabilidades y tareas domésticas, se tiende a justificar por qué lo relatado no es tan igualitario como debiera o, por qué “parece” menos de lo que se desearía con un discurso que evita retratar una ideología tradicional.

Las narrativas analizadas corresponden a parejas que no disponen de una ayuda externa que aligere la carga total de trabajo doméstico que se genera en la familia, fundamentalmente porque es un servicio que la mayor parte no puede costear. Por tanto, la realización y distribución de las tareas domésticas —pensar, preveer, planificar, hacer—, sean más o menos rutinarias, quedan en el marco de la pareja. Y sujeta a arreglos que, a tenor de lo expresado en los discursos, se perciben fundamentalmente como sobreenvenidos y construidos en la relación. La ausencia de negociación, acuerdo o pacto previo al iniciarse la vida en común constituye una pauta extendida.

Con todo, el resultado es diverso y las narrativas de las parejas lo evidencian dejando al descubierto inercias que mantienen y recrean las desigualdades de género pero también dinámicas más igualitarias y formas menos generizadas de organizar las tareas. De hecho, las diferencias se mantienen en algunas parejas aun cuando el género se recree en otras condiciones. En ellas “la casa” recae en el lado femenino, aun cuando se reconozca la “ayuda” masculina. El trabajo doméstico “*va saliendo*” (E3) con la actitud resistente de los varones a la corresponsabilidad. Una resistencia que sobrecarga a las mujeres en la medida en que a su tarea se suma el desgaste emocional de la continua labor de apercebimiento a la pareja. El “hay que...” se convierte en un mantra habitual para ellas, cansadas de ejercer un rol de capataz. Que sus parejas masculinas entonen el “*mea culpa*”, se justifiquen en su desidia, las alaben o les reprochen un exceso de exigencia con relación a los estándares de limpieza, no minimiza el conflicto que se manifiesta en el diálogo, y que desvela una mentalidad tradicional que sitúa la ayuda masculina como una cesión a dosificar y, sobre todo, como un servicio a recibir de las mujeres en el ámbito doméstico, aun cuando se sepa hacer:

Ella: Entonces si yo le digo que lo tiene que hacer lo hace, pero de él no sale, y más de una vez me he enfadado porque claro, o sea... al final pues me toca las

narices, yo no soy su madre, yo no tengo por qué estar detrás de él diciéndole lo que tiene y lo que no tiene que hacer, o sea, él tiene que ver la mierda, y él también vive aquí, entonces. Y yo sé que a él le gusta vivir con la limpieza a su alrededor, entonces claro. (E6)

La posición de estos varones que pretenden dar continuidad en la pareja a la situación de privilegio de sus hogares de origen, es una forma de recrear el género en un marco en el que las mujeres reclaman una relación más igualitaria. Las características del empleo, como el trabajo a turnos, condicionan las pautas de organización doméstica y cuidado y dificultan objetivamente la conciliación, pero también son una salvaguarda que justifica la asimetría, sobre todo si ellas ceden al mandato de género interiorizado, como ocurre en esta pareja:

Él: ... Yo por mi mismo soy un desastre, luego, con lo de los turnos y con todo ... hay días que no sé ni que días es, ... Claro, entonces todos los repartos, todo el esto, lo ha llevado ella básicamente desde siempre. Ella: Sí, yo soy más organizada, y más constante, él es un poco más... Él: ... yo con una lista, lo hago. Ahora otra cosa, despertarme yo, y que se me ocurra... imposible. Eso yo no estoy capacitado. Y siempre digo lo mismo, que yo pase de mi madre a... es como ¡uf! (E3)

La excusa de los horarios sirve para justificar y mantener una situación privilegiada y liberarse de un trabajo que se trata de evitar. Pero esa es una relación que “agota” y que convierte en demasiado alto el precio de vivir acompañada cuando el amor se acaba, como ocurre en el caso de esta misma pareja, en la que ella nos revela su cansancio y su decisión de no seguir conviviendo para cuidar de uno menos. Contrariamente a lo que sostienen las teorías de los recursos y del intercambio, a pesar de ganar más que sus parejas masculinas y tener empleos más cualificados, en estas parejas ellas no logran una posición más ventajosa en su negociación. Los cansancios, los tiempos productivos y los tiempos propios, las tensiones o las necesidades no son equivalentes. La diferencia de dinero no hace que lo sean, porque a los varones el trabajo doméstico les es ajeno, un trabajo o tarea a evitar que siendo mujer no cuesta realizar y produce satisfacción y valor añadido. Ser “brazo ejecutor” es una salvaguarda en una sociedad más igualitaria en la que cuesta reconocerse como un varón tradicional.

De todas formas, la igualdad en la provisión también genera narrativas que evidencian que las parejas toman decisiones y arreglos que responden a modelos menos generizados, con repartos más equilibrados y menos estereotipados. La idea de que la cuestión doméstica está “más o menos repartida” se comparte en el resto de las parejas entrevistadas que presentan pautas y discursos más igualitarios. Ahora bien, aunque el reparto se perciba más equitativo y se relate un reparto de tareas domésticas no concordante con estereotipos y pautas sexuadas, sí se constata el liderazgo femenino en la organización doméstica y el cuidado. Ello no tiene que ver con el volumen de trabajo, porque la mayoría de las tareas domésticas son realizadas por ambos, en algunos casos indistintamente. Más bien con el hecho de ser ellas quienes principalmente supervisan, planifican y prevén la gestión y organización de la vida doméstica y familiar. Esta es una cualidad que los varones atribuyen a sus parejas en todos los casos, y su intensidad puede ser considerada uno de los indicadores del grado de equidad en el reparto de las tareas domésticas. A ellas se las describe como más exigentes en sus estándares de limpieza y orden, más activas y dispuestas a realizar las tareas cuando se está en el hogar y o más perceptivas y anticipadoras de las necesidades del hogar o de sus miembros, más entrenadas en definitiva. A ellos se les tiende a reprochar su falta de iniciativa, su actitud procrastinadora —“tú déjame que ya lo haré”— y su escasa capacidad de prever necesidades y ser protagonistas gestores además de “buenos ejecutores y mandados”. Más que con la cantidad de trabajo, las tensiones y conflictos tienen que ver con esta distancia en la lógica doméstica que sitúa a hombres y mujeres en posiciones y actitudes de “entrega” cualitativamente diferentes con relación al hogar y las necesidades de los otros, en definitiva, con el cuidado, como se aprecia en el siguiente diálogo, y que los varones tienden a explicar y argumentar desde una socialización de género diferente:

Él: Llega un momento en que bueno, criarte de tal manera, y unas cuantas pautas en lo que son referentes a las maneras, los hábitos, las rutinas, es muy difícil de... creo que las tengo algunas, no voy a negarlo, pero hay cosas que sí que es cierto, como eso de la ropa: yo considero en mi cabeza decir bueno luego paso y las recojo, y el ahora paso es a lo mejor mañana, y entonces... Ella: Para mí eso significa que alguien tiene que venir detrás de ti a recoger eso, o bien que tienes que pasar el día con esos pantalones en medio. (E12)

No obstante, los varones se reivindican en las entrevistas como hombres que trabajan y cuidan y no como meros colaboradores. Forma parte de esa retórica no solo el relato detallado de las actividades que se realizan, también las apostillas que subrayan que su implicación doméstica es total y en todo tipo de tareas, no solo en aquellas que se eligen, gustan o resultan más agradables. Sus intervenciones denotan un conocimiento de las necesidades y tareas domésticas e, incluso en algunos casos, malestar cuando ellas se quejan de su sobrecarga, lo que evidencia el conflicto eterno en torno al reconocimiento del trabajo doméstico y del cuidado. Una muestra de su falta de valor, que también padecen los hombres cuando lo asumen. Las réplicas de este varón en una pareja en la que ella es una profesional cualificada, principal fuente de ingresos, con más horas de empleo remunerado y en algún periodo la única proveedora, son ilustrativas de estas nuevas narrativas masculinas:

Ella: Entonces yo le estaba contando eso, entonces yo me voy a trabajar y ya llego a las 5:30, normalmente (...)lo primero que hago al llegar a casa es recoger un poco, hacer las camas, ver si hay alguna lavadora por tender, pensar qué vamos a cenar, y ya está, más o menos. Él: Disiento. Ella: ¿Por? Él: Porque la realidad es que ningún día es igual a lo que se supone que tiene que ser, eso es la teoría general, la realidad es que solemos llegar de casa híper tarde (...) La práctica es que conforme llegamos a la hora lo hacemos como sea, pero no tú un día y yo otro, no es así. (...) (E7)

El tiempo y su percepción y gestión es un factor decisivo en las estrategias de las parejas. La simetría en las jornadas laborales, en los turnos, en las condiciones económicas y en la dedicación a los proyectos profesionales crea condiciones favorables a la igualdad. Ahora bien, ello ha de contar con el “empuje” y convicción de las mujeres no dispuestas a ceder ni temerosas de perder el control doméstico, y con una mentalidad masculina no resistente, dispuesta a asumir la cuota de obligación y responsabilidad doméstica. Esto es algo que se constata en las parejas que relatan y perciben más equitativo el reparto del trabajo doméstico. En ellas se constata igualmente que la apuesta por la igualdad en casa se libra también en el ámbito laboral y en el tiempo propio. Que las renunciadas en el ámbito laboral y en el ocio sean equilibradas, que no se dediquen tiempos “extra” en el ámbito laboral cuando uno de los dos reduce su dedicación, son estrategias igualitarias que compensan los desequilibrios puntuales o

cíclicos que las demandas de cuidado introducen en la vida de la pareja. Es el caso de una de las parejas que comparte su dedicación profesional en una empresa propia:

Ella: (...) Es que lo hemos hecho todo bastante... pues hoy me quedo yo un poco más a trabajar y vas yendo tu a casa a hacer la comida, el que no hace una cosa hace la otra, como compartimos trabajo, espacio de trabajo ... y aquí también, no sé, tal como que en el trabajo cada uno tiene una especialidad que lo hace más él o lo hago yo, aquí igual también, hago más yo algo y otras más él, pero digamos que... pues yo creo bastante siempre todo al 50%. Con los niños ya sí que se nota un poco más, sobre todo al principio (E8)

Los discursos no permiten cuantificar y medir dedicaciones, pero sí captar cuando se percibe un reparto no equitativo, una carga mayor, más tarea de la que corresponde o una restricción o privación compartida y recíproca del tiempo y de las aspiraciones y objetivos propios. Esto es, cuando se afirma que, “todo es de todos”, “quien está hace”, “ambos lo damos todo”, “esto es una familia y es cosa de todos”. El 50/50 como objetivo rutinario y cotidiano puede no ser factible para todas las parejas dada la variabilidad en las circunstancias laborales y vitales. Por ello, es importante cómo se negocia y genera el tiempo doméstico, tiempo de cuidado o tiempo familiar, sobre todo cuando se intercambia por tiempo remunerado. Porque esa es la forma de “hacer la igualdad”, siempre y cuando ese tiempo se genere equitativamente para ellos y ellas, y ambos sean disciplinados en la práctica de la reciprocidad. Una disciplina que se reivindica y demanda y ante la que se mantiene la “alerta” como nos decía una de las entrevistadas: “*si alguna vez se desvía, se lo digo enseguida y lo mismo me hace*” (E1). La igualdad es un derecho de los dos construido por ambos, hay una percepción de un reparto justo.

Uno de los discursos que justifica el reparto de las tareas en las parejas es el tiempo, su disponibilidad, “quien está, quién no está”. Conforme a esta lógica, quien está en casa y quien tiene tiempo ha de hacer: “*al que le toca quedarse es el que tiene que hacer, básicamente*” (E2). Lo cierto es que en ninguna de las parejas entrevistadas se despliegan estrategias para disponer de tiempo destinado al trabajo doméstico, pero sí para disponer de tiempo de cuidado que permite “disfrutar” de los hijos. Ahora bien, disponer de tiempo de cuidado para los hijos —con jornadas parciales, horarios flexibles u otras circunstancias o medidas similares— sí posibilita estar más tiempo en el hogar, lo que a su vez significa disponibilidad para la realización y responsabilidad en

el ámbito doméstico. Sin embargo, vemos que disponer de tiempo no remunerado no tiene el mismo efecto para ellas y ellos. Las reducciones de jornada, excedencias y flexibilidades horarias, a las que recurren principalmente las mujeres, alimentan y recrean la lógica preferente en el hogar y su papel de liderazgo doméstico. Los hombres que recurren a ellas o que se ven excluidos del mercado laboral temporalmente no se ven arrastrados por ese esquema de entrega femenino, aun cuando facilite su implicación y responsabilidad, como se observa en algunas de las parejas entrevistadas:

Ella: Siempre compartir, aunque él estaba en casa, nunca aprovechamos que él está en casa para que él limpie ¿sabes. Él: Claro, la verdad que lo que más tiempo me restaba era el formarme en esa disciplina (...) entonces dedicaba todo el tiempo que tenía en casa a estar aprendiendo. (E9)

Con todo, en los discursos las tareas domésticas se advierten más “vaciadas” de contenidos generizados, no tipificadas ni asociadas a representaciones masculinas o femeninas. La eficacia, las habilidades y competencias personales y los gustos o preferencias son los criterios en función de los cuales se explican las decisiones y elecciones acerca de quién hace qué en cada momento. La limpieza, el orden, el mantenimiento del hogar, la preparación de alimentos, el consumo, la gestión económica son tareas que más bien indistintamente, son realizadas por hombres y mujeres. Sí se observa una mayor responsabilidad de las mujeres en tareas relacionadas con la ropa, sobre todo planchar y organizar la ropa de los hijos. También con la administración y gestión económica, en una línea muy acorde con la prevalencia de su liderazgo doméstico y su proyección profesional y familiar, más definida y menos inestable en el colectivo femenino. En este marco, para algunas parejas compartir significa intercambiar tareas en aras de la eficacia y la neutralización de la rutina. Para otras, la especialización en las tareas garantiza el orden, la continuidad y el funcionamiento de la familia. Aunque hay alguna excepción, en general los varones no hablan de esas tareas como si estuvieran realizando o apropiando una tarea femenina. Tampoco ellas, por su condición de mujer se reconocen siempre competentes en la realización de las tareas. Como más de una dice, ellas también llegan a la convivencia sin haber sido educadas o enseñadas para ejercer de amas de casa y tienen que aprender. Y ello también contribuye a una negociación más equitativa. En cualquier caso, aunque la pareja “bicéfala” se resiste, hablar del trabajo doméstico en términos de “equipo” y no de tareas femeninas o masculinas, constituye un giro que puede ser interpretado

como una muestra de la tendencia a una progresiva desgnerización del trabajo doméstico en el marco de la pareja (Helene Aarseth, 2009; Francine Deutsch, 1999).

Discursos sobre el cuidado de los hijos

Entre las parejas entrevistadas no se ha producido de manera formal una planificación para tener los hijos, dependiendo de la situación personal la forma de afrontarlo ha sido diferente. En algunos casos, coincide la llegada del primero de los hijos con la pérdida del trabajo, esta situación en el caso del varón, le supuso asumir un rol que le costó hacer frente:

Él: Vino la crisis, ahí era autónomo, me hice autónomo por primera vez, vino la crisis, lo destrozó absolutamente, y entonces me vi en la calle, sin mucho que hacer. Si, fue un palazo... Yo soy el cuidador de niños y yo tenía claro desde el primer momento que tuve hijos que mi fundamento en la vida no era ser un padre ante todo. Yo soy yo, con mogollón de cosas y una de ellas es que tengo dos criaturas que dependen de mí, por las que puedo dar todo, pero hay una parte de mí que me reservo y es mi crecimiento personal a través de mis experiencias y de mis cosas, a las que no quiero renunciar de ninguna manera, salvo que ocurra algo jodido. Evidentemente pues lo hago, pero de primeras no aceptaría encontrarme una situación en la que dependa de alguien y me dedique a... vale ya está, ya lo he conseguido todo en la vida, ya soy cuidador de niños... No, yo me cogí al rol de luchar a muerte para encontrar lo que yo tenía que encontrar. (E7)

Tanto ellos como ellas afirman que los primeros meses son los más complicados, los periodos de la lactancia están determinados con unas pautas establecidas, evidentemente, por el nuevo miembro que se incorpora en la pareja. Es la etapa donde los cambios se acusan con más intensidad: “Sí, los primeros meses, el primer año y pico igual si que soy yo la que estoy, pero por una cuestión práctica, digamos, ahí si estoy más yo, pero en la casa, el trabajo, yo creo que más o menos” (E8). En estos periodos es también cuando la mujer dedica más tiempo no solo al cuidado de los hijos, sino que también a las tareas domésticas:

Él: Eso y también la crianza, hasta que te habitúas, el primer año, no dormir. Yo, por ejemplo, siempre he tenido insomnio, para mí el primer año fue... Se han creado muchas tensiones... aunque sí que hemos estado muy de acuerdo en

lo fundamental, porque lo hemos hablado más de una vez, cómo se debe de criar a un niño, y claro en el día a día pues claro, (...) Y en cuanto a la casa también lo mismo, ¿no?... pero lo hemos resuelto bien. (E9)

La reincorporación al mercado laboral supone en ocasiones para las mujeres un proceso difícil de sobrellevar, los cambios que se han ido produciendo en el trabajo mientras se está ausente condicionada por la baja maternal requieren un proceso de aprendizaje, “*Ella: Para mí era todo nuevo, y fue duro volver a aprender todo*”. (E10)

El tiempo de cuidado de los hijos está en gran medida condicionado por el tiempo de trabajo, la flexibilidad horaria, pero también por las características del propio empleo. Algunas parejas, de manera ocasional, pueden contar con el soporte de alguno de los miembros de la familia; en general son las madres de ellas quienes proporcionan más apoyo. Este soporte se materializa sobre todo en recoger a los hijos cuando termina la jornada escolar. Las parejas son conscientes de su importancia: “*son un verdadero colchón*” (E7, E10). Aunque entre los discursos encontramos, en el caso de las mujeres, quienes consideran que: “*Es mi hijo, nadie lo va a hacer como yo*” (E6).

En las entrevistas nos encontramos con una diversidad de escenarios laborales, que condicionan el cuidado y tiempo de dedicación a las hijas e hijos. La situación laboral -trabajar por cuenta ajena o por cuenta propia, la duración y organización de la jornada o la flexibilidad del horario- es determinante en la dedicación de las parejas al cuidado de su progenie: en lo que se refiere a las exigencias relacionadas con la actividad escolar, pero también en las actividades extraescolares, en el apoyo a los estudios o en tiempo de juegos y ocio:

Él: Sí, pero a la vez, claro, es muy importante porque si no, no podíamos de ninguna manera llevar a los niños al colegio, tendríamos que llevarlos a las 8, que no estamos de acuerdo en que empiecen tan pronto. (E7)

La posibilidad de flexibilizar los horarios o las jornadas laborales resulta esencial para poder responder a todas esas actividades de cuidado y educación caracterizadas por su relativa imprevisibilidad, y en las que “*en realidad ningún día es igual a otro*” (E7).

En cualquier caso, si algo podemos destacar es la importancia que las parejas entrevistadas dan al hecho de buscar espacios de encuentro para compartir entre todas las personas que conforman la familia, aunque para ello haya que dejar de lado la manera tradicional de organizar y llevar una casa. Es decir, si la realización de

determinadas tareas domésticas (planchado de ropa, limpieza de cristales, etc.) podían ocupar un papel central en otros tiempos, hoy estas parejas relegan tales tareas a un plano totalmente secundario. Lo prioritario es el cuidado de hijas e hijos y poder contar con el máximo tiempo disponible para poder estar con ellas:

Ella: Sí, (los fines de semana) desayunamos la verdad que todos juntos muy relax, cada uno se va levantando a la hora que se va levantando y estamos ahí de charleta con los niños, y nos lo tomamos con tranquilidad. (...) Y luego pues eso también muchas veces nos vamos fuera, o nos vamos a hacer alguna actividad, de viaje, o irnos a la montaña. (E6)

Él: Sí, y la compra gorda para la casa de todos, la dejamos para fin de semana para hacerla juntos. (E9).

Ella: Aquí es eso, es como un rato en familia, que aunque estemos viendo la tele pues o se habla, o se comenta, o se dice o lo que sea, y a lo mejor hay varias películas y tenemos que llegar a un consenso de cual vemos, porque a lo mejor uno quiere una, otro otra... pero vamos, que es como un rato familiar lo de la tele, o sea, no es... Y así es un poco el fin de semana, salvo que algún día vayamos a algún sitio, pues que salimos a pasar el día, o nos vamos al pueblo todo el fin de semana (E1).

El cuidado de hijas e hijos es, posiblemente, la tarea que más se comparte desde el principio: “Los niños además, desde siempre los dos, o sea, baños, biberones, cuidar...” (E1). Entre las parejas se refleja además un discurso igualitario en este aspecto, que se traslada en algunos casos también a la educación temprana en la necesidad de compartir las tareas domésticas: “Lo de los niños... bueno, eso... desde que los tengo, desde que les hemos enseñado, o sea, desde pequeños, a recoger y todo, su cuarto y todo” (E1).

Así y todo, en general es la mujer sobre quién recae la gestión de la agenda: las visitas al médico, las reuniones en el centro de estudios o incluso las actividades extraescolares:

Ella: Sí, suelo ser más yo, porque también ellos a veces, les tienen que pinchar pues mamá, la mamá, y como normalmente son por la mañana pues aunque a lo mejor a mi me tocara irme a trabajar, pues ya me apañaba para que ese día fuera él a trabajar porque, no es porque a él no le interese, pero yo sí que sé que

quiero estar, no sé, y luego ya se lo cuento yo, a lo mejor si va él y yo no voy me cuesta mucho sacarle la información de lo que han dicho. (E8)

Son menos frecuentes las situaciones en las que él solicita una reducción de jornada o deja de trabajar porque quiere asumir el papel de cuidador de los hijos, aunque también en alguna de las parejas es asumido ese papel por parte del varón.

Discursos sobre el tiempo de ocio

En las entrevistas analizadas, no se hace referencia a la diferencia en el "tiempo propio" de los componentes de las parejas, ya que quizás el hecho de ser parejas con características muy concretas y poco diferenciadas (con hijos, trabajando los dos y sin ayuda en casa) hace que las posibilidades de disfrute de tiempo propio sean escasas, refiriéndose generalmente a salidas con amistades propias de manera puntual.

Sin embargo, ahondado en los discursos encontramos algunas reflexiones interesantes. Una característica compartida por la mayor parte de las parejas entrevistadas es la flexibilidad cuando no la improvisación para gestionar los tiempos de ocio, sobre todo los que incluyen a las hijas e hijos, como comenta ella: *“Cada fin de semana es una aventura diferente”* (E8).

El tiempo social dedicado a las amistades se gestiona entre los amigos/as de cada uno y las nuevas amistades. Las relaciones lógicamente son más estrechas con aquellos amigos/as que residen en el municipio en el que habita la pareja. Así, si ésta vive en el municipio de residencia anterior de ella se relacionan más con sus amigos/as, mientras que si residen en el municipio de procedencia del hombre las relaciones con el entorno de éste son más frecuentes.

Este tiempo de ocio es en la mayor parte de los casos compartido, a excepción de alguna "escapada" individual cada cierto tiempo. En estas ocasiones, cada miembro de la pareja recurre a sus propios amigos/as anteriores a la formación de la pareja.

Las nuevas amistades son consecuencia en la mayor parte de los casos analizados de las relaciones de los hijos/as y sus compañeros/as de colegio, que incluso en alguno de los casos se esperan con ganas:

Ella: Y luego con los que salimos aquí, es gente que hemos ido conociendo a raíz del colegio. O sea, tuvimos una cuadrilla cuando, este, el mayor, era pequeño, y hemos estado muchos años con ellos, y hemos hecho muchas cosas

con ellos, pero bueno, a raíz de que los críos empiezan a distanciarse un poco, los padres también, seguimos siendo amigos y todo, pero nos hemos..., pues ahora estamos con otra parte que es de los padres del pequeño, nos vamos pasando, y entonces de momento estamos con estos bien, nos llevamos bien, también hacemos cosas, y eso. (E4).

El tiempo con amigos se compagina además con el cuidado de los hijos en sus horas fuera del colegio: los fines de semana se acude a lugares donde estos puedan jugar, correr y distraerse: “*De muchas cosas ¿no? pues... lo que piden ellas: columpios, o piscina, parque y deporte, pues... andar en bici, a patinar*” (E2). Se condiciona hasta el tiempo de ocio vacacional con el cuidado de los hijos:

Él: En verano me cojo para estar con los críos (...) Me cojo prácticamente todo el verano, julio y agosto, mes y medio, julio y agosto. (...) Yo lo que hago es hacer reducción, a ver, vacaciones de críos, entonces yo cojo mis vacaciones que me corresponden y digo cuántos días me faltan para compatibilizar o para que estemos cubiertos con los críos. (E5).

La mayor parte de las parejas analizadas que disfruta de tiempo para sí mismas lo hacen contando con ayuda de familiares directos (en la mayor parte de los casos padres/madres de la mujer:

Ella: El fin de semana viene a veces, para liberarnos a nosotros un poco, viene alguna amama (abuela, en euskera) y nosotros podemos salir un poco (...). La verdad que entre semana nos organizamos nosotros, y luego el fin de semana, pues oye que nos dice una amama que viene, pues no le decimos que no (E5).

Hay un elemento relacionado con la generización del tiempo de ocio en el sentido de que cuando se trata de una actividad practicada o del agrado del hombre, se incorpora a este tiempo: “*Él: ya sabe que yo me voy a quedar el niño cuando el niño pueda hacer deporte. Ella: Se lo lleva a jugar al fútbol por ahí*” (E6).

CONCLUSIÓN

Uno de los aspectos que caracteriza al nuevo patrón de parejas de doble provisión de ingresos en cuanto a sus prácticas y decisiones sobre trabajo doméstico y de cuidado es la intensificación de la vulnerabilidad estructural. En general, el análisis de las

narrativas de las parejas muestra que las condiciones laborales (posición en el mercado, dedicación, tipo de contrato, estabilidad, plantillas horarias) son elementos que adquieren protagonismo en dichas estrategias de las parejas. En este sentido, la situación de cada miembro respecto a su situación en el mercado de trabajo es un elemento que crecientemente determina las decisiones y prácticas adoptadas por las parejas en el hogar.

Junto a esto, aparece un cambio en la resistencia de la variable género, condicionando una mayor o menor igualdad en el ámbito doméstico. Confirmándose la tendencia observada en las últimas décadas en el conjunto de la sociedad española, los varones muestran una mayor implicación tanto en el ámbito del cuidado como en el doméstico. De este modo, podemos hablar de un acortamiento de la brecha de cuidado, así como de una relativa amortiguación del conflicto “doméstico” en las parejas. Sin embargo, encontramos el elemento diferenciador en el rol que asumen los hombres definido como de “buenos mandados”. Son pocas las parejas bicéfalas, es decir, aquellas en las que ambos ejercen un papel similar y central en el ordenamiento doméstico y organización del cuidado. Es en este punto donde interpretamos la persistencia de la variable género bajo la renovada fórmula que hace que las mujeres asuman un liderazgo preferente en el ámbito de responsabilidad y control doméstico, revelándose nuevas tensiones y conflictos debido a la sobrecarga que las mujeres experimentan como gestoras de la conciliación empleo/familia.

Con todo, en las prácticas de cuidado y trabajo doméstico se observa una tendencia a la desgnerización en la distribución de las tareas. Esta se produce y justifica más con argumentos basados en las preferencias, los gustos, las habilidades y competencias, conforme a los usos y disponibilidades del tiempo, y no tanto a una adscripción generizada. En las parejas en las que esta distribución se reivindica y practica más equitativa se hace explícito el discurso de la equidad, generalmente liderado por el elemento femenino.

BIBLIOGRAFÍA

- AARSETH, Helene (2009), “From Modernized Masculinity to Degendered Lifestyle Projects. Changes in Men’s Narratives on Domestic Participation 1990-2005”. *Men and Masculinities*, 11(4), 424-440.
- AJENJO, Marc y GARCÍA ROMÁN, Joan (2014), “Cambios en el uso del tiempo de las parejas ¿Estamos en el camino hacia una mayor igualdad?”, *Revista Internacional de Sociología*, 72(2), 453-476. DOI:10.3989/ris.2012.05.28

- BARNETT, Rosalind C. y RIVERS, Caryl (1998), *She works, He works. How Two-income Families are Happy, Healthy and Thriving*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elizabeth (2001), *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós.
- BIANCHI-PERNASILICI Gisela Marisa y GONZÁLEZ-RÁBAGO, Yolanda (2016), “El cuidado de personas en la familia”, en: Legarreta M. (ed). *Dos décadas de cambio social en la CAE a través del uso del tiempo: Encuesta de Presupuesto de Tiempo 1993-2013*. Vitoria-Gasteiz: Eustat-Instituto Vasco de Estadística, pp. 147-182.
- BITTMAN, Michael *et al.* (2003), “When Does Gender Trump Money? Bargaining and Time in Household Work”, *American Journal of sociology*, 109(1), 186-214.
- BRINES, Julie (1994), “Economic Dependency, Gender, and the Division of Labor at Home”, *American Journal of Sociology*, 100(3), 652-688.
- BRYSON, Valerie (2008), “Time-Use Studies. A Potentially Feminist Tool”, *International Feminist Journal of Politics*, 10(2), 135-153.
- BLAIR-LOY, Mary (2001), “Cultural Constructions of Family Schemas. The Case of Women Finance Executives”, *Gender & Society*, 15(5), 687-709.
- CARRASCO, Cristina y DOMINGUEZ, Marius (2015), “Family Strategies for Meeting Care and Domestic Work Needs: Evidence from Spain”, *Feminist Economics*, 14(4), 159-188. DOI: 10.1080/13545701.2011.614625
- CARRASCO, Cristina; DÍAZ CORRAL, Carme; MARCO LAFUENTE, Inés; ORTIZ MONTERA, Rosa y SÁNCHEZ CID, Marina (2014), “Expolio y servidumbre: apuntes sobre la llamada deuda de cuidados”, *Revista de Economía Crítica*, 18, 48-59.
- CASTAÑO, Cecilia (dir.) (2015), *Las mujeres en la Gran Recesión. Políticas de austeridad, reformas estructurales y retroceso en la igualdad de género*. Madrid: Cátedra.
- CES (2014), *Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral de España*. Madrid: Consejo Económico y Social de España.
- CES (2012), *Tercer Informe sobre la situación de las mujeres en la realidad sociolaboral española (01/2011)*. Madrid: Consejo Económico y Social de España.
- COLTRANE, Scott (2000), “Research on Household Labor: Modeling and Measuring the Social Embeddedness of Routine Family Work”, *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1208-1233.
- DEMA, Sandra (2006), *Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso*. Madrid: CIS.
- DEUTSCH, Francine. M. (1999), *Halving It All. How equally Shared Parenting Works*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- DEUTSCH, Francine. M. (2007), Undoing Gender. *Gender & Society*, 21(1), 106-127.

- DOMÍNGUEZ FOLGUERAS, Marta (2012), “La división del trabajo doméstico en las parejas españolas. Un análisis del uso del tiempo”, *Revista Internacional de Sociología*, 70(1), 153-179. DOI:10.3989/ris.2009.08.26
- DOMÍNGUEZ FOLGUERAS, Marta (2011), *1995-2006. Diez años de cambios en las parejas españolas*. Madrid: CIS, Opiniones y actitudes, nº 69.
- DOMÍNGUEZ FOLGUERAS, Marta (2010), “¿Cada vez son más igualitarios? Los valores de género de la juventud y su aplicación práctica”, En *Revista de Juventud*, 90, 103-122.
- DUEÑAS, Diego, IGLESIAS, Carlos y LLORENTE, Raquel (2015), “Los efectos de la Gran Recesión sobre las diferencias salariales y la discriminación por género”, en Castaño, C. (dir.) (2015): *Las mujeres en la Gran Recesión. Políticas de austeridad, reformas estructurales y retroceso en la igualdad de género*. Madrid: Cátedra, pp. 87-119.
- FUNDACIÓN PRIMERO DE MAYO (2014), *34 reformas laborales. Análisis de su alcance y efectos menos ocupación, más desempleo, más precariedad laboral*. Madrid: Fundación Primero de Mayo.
- FRIEDMAN, Betty (2009). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra. (1ª ed. 1963)
- GAMBLES, Richenda, LEWIS, Suzan y RAPOPORT, Rhona (2006), *The Myth of Work-Life balance. The Challenge of Our Time for Men, Women and Societies*. West Sussex: John Wiley & Sons.
- GARCÍA ROMÁN, Joan (2012), *El uso del tiempo en las parejas de doble ingreso* (Tesis Doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona.
- GARCÍA SAINZ, Cristina (2006), “Tiempo de trabajo no remunerado en la C. A. de Euskadi. En García Sainz, C. (coord.)”, *Encuesta de presupuestos de tiempo. 2003*. Vitoria-Gasteiz: EUSTAT, Gobierno Vasco.
- GRACIA, Pablo y GARCÍA ROMÁN, Joan (2015), “Género y trabajo doméstico: ¿Tiende España a la igualdad?”, *El Diario.es*, 12 enero.
- HERTZ, Rosanna (1986), *More Equal than Others. Women and Men in Dual-Career Marriages*. Los Angeles: University of California Press.
- HOCHSCHILD, Arlie R. y MACHUNG, Ann (1989), *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*. New York: Viking Penguin.
- LEGARRETA IZA, Matxalen (2012), *El tiempo donado en el ámbito doméstico familiar. Estudio sobre el trabajo doméstico y el cuidado* (Tesis Doctoral). Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.
- MEIL LANDWERLIN, Gerardo (2004), *El reparto de responsabilidades domésticas en la Comunidad de Madrid Un estudio sobre la realidad de la separación de funciones en los hogares de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Dirección General de Familia, Comunidad de Madrid.
- MILLET, Kate (1995), *Política sexual*. Madrid: Cátedra. (1ª ed. 1969).
- MORENO COLOM, Sara (2009), “Uso del tiempo, desigualdades sociales y ciclo de vida”, *Política y Sociedad*, 46(3), 191-202.

- OAKLEY, Ann (1990), *Housewife*. London: Penguin Books.
- RIPOLL, Carolina Victoria (2012), *La participación del varón en el trabajo domestico no remunerado*. Alicante: Universidad de Alicante (Tesis doctoral).
- RISMAN, Barbara J. (2004), "Gender As a Social Structure: Theory Wrestling with Activism", *Gender & Society*, 18, 429-450.
- RISMAN, Barbara J. (2009), "From Doing To Undoing: Gender as We Know It", *Gender & Society*, 23, 81-84.
- ROYO PRIETO, Raquel (2011), *Maternidad, paternidad y conciliación en la CAE*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- SEVILLA-SANZ, Almudena, GIMENEZ-NADAL, Jose Ignacio y FERNÁNDEZ, Cristina (2010), "Gender Roles and the Division of Unpaid Work in Spanish Households", *Feminist Economics*, 16(4), 137-184. DOI: 10.1080/13545701.2010.531197
- UGT (2015), *La precarización del mercado de trabajo en España Algunas evidencias*. Madrid: Unión General de Trabajadores.
- ZUBERO, Imanol (2006), "Las nuevas relaciones entre empleo e inclusión: flexibilización del trabajo y precarización vital", *Documentación social*, 143, 11-30.